

LIBRO OCTAVO.

El mal pobre.

I.

Buscando Mario una jóven con sombrero, encuentra un hombre con gorra.

Pasó el verano, despues el otoño y llegó el invierno. Ni el señor Blanco ni la jóven volvieron á pasear por el Luxemburgo.

Mario pensaba exclusivamente en volver á ver el rostro interesante de "Ursula", y la buscaba sin cesar por todas partes. Mario no era ya el soñador entusiasta, el hombre ardiente y firme, el arriesgado provocador del destino, el cerebro que amontonaba porvenir sobre porvenir, con la imaginacion llena de planes y de proyectos; era un perro perdido. Quedó sumido en inconsolable tristeza; todo habia concluido para él. Le repugnaba el trabajo, le cansaba el paseo, le fastidiaba la soledad.

La naturaleza, tan llena para él, en otro tiempo, de luz, de horizontes, de consejos y de enseñanzas, se le presentaba vacía ante sus ojos. Todo lo que antes vió en ella le parecia disipado ahora.

Continuaba meditando, porque no podia hacer otra cosa; pero ya no le proporcionaban placer sus pensamientos, y á todo lo que éstos le proponian contestaba él en voz baja:—Y para qué?...

Se reprendia á sí mismo muchas veces:

—Por qué la habré seguido? ¡Era feliz solo con verla! Me miraba y sus miradas me hacian dichoso. Parecia que me amaba. Podia yo desear más? He querido avanzar y todo lo he perdido. Cometí faltas y mía es la culpa, etc. etc.

Courfeyrac, al que nada confiaba, porque obrar así era propio de su carácter, empezó por felicitarle por su amor, asombrándose; pero viendo despues sumergido á Mario en aquella melancolía, concluyó por decirle:

—Veo que eres sencillamente un imbecil. Vente conmigo al baile de la Chaumiere.

Un dia en que brillaba un hermoso sol de Setiembre, Mario dejó que le llevaran al baile de Sceaux Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, creyendo ¡qué delirio! que allí la encontraria tal vez.

Como era de esperar, Ursula no estaba en el baile.

—Sin embargo, decia Grantaire aparte, aquí se encuentran todas las mujeres perdidas.

Mario dejó á sus amigos en el baile y salió de él solo, cansado, febricitante, aturdido por el ruido y por el polvo que producian los alegres carruajes, llenos de gentes gozosas que volvian de la fiesta cantando, y que pasaban por su lado, mientras él, desanimado, aspiraba, para refrescar la cabeza, el acre olor de los nogales del camino.

Desde entonces aun vivió más solitario, más embebido en su angustia interior, yendo y viniendo en su melancolía, como el lobo en la trampa, buscando por todas partes al objeto de su cariño, perdidamente enamorado.

Otro dia tuvo un encuentro que le produjo efecto singular. Vió en las callejuelas próximas al boulevard de los Inválidos á un hombre, vestido como un obrero, con gorra de gran visera, de la que salian algunos mechones de cabellos blancos. Mario quedó sorprendido de la belleza de dichos cabellos y examinó á aquel hombre, que andaba con lentitud y como absorbido por pensamientos dolorosos, y creyó reconocer en él al señor Blanco. Aquellos eran sus cabellos, aquel su contorno, aquel su aspecto, pero más triste que en tiempos anteriores. ¿Por qué vestia como un trabajador? ¿Qué significaba ese disfraz? Mario se quedó asombrado. Cuando recobró la serenidad, su primer impulso fué seguirle y quizás su rastro le conduciria adonde deseaba. De todos modos le era conveniente ver de cerca á aquel hombre y aclarar aquel enigma. Pero esta idea le ocurrió tarde; el hombre habia ya desaparecido. Sin duda se internó en alguna de las calles laterales y Mario no pudo alcanzarle. Este encuentro le tuvo pensativo algunos dias; despues lo olvidó.—"Será acaso algun hombre que se le parece", decia.

II.

Hallazgo.

Mario seguia viviendo en la casucha de Gorbeau, en la que no hacia caso de nadie. Entonces no habia ya en el caseron más vecinos que él y la familia Jondrette, á la que una vez pagó el alquiler, sin haber hablado nunca con el padre ni con la madre ni con las hijas.

Los demás inquilinos, ó habian muerto, ó habian mudado de casa, ó los habian echado de allí por no pagar.

Un dia de aquel invierno salió un momento el sol despues de las doce; era el 2 de Febrero, es decir, el dia de la Candelaria, en el que el sol traidor, precursor de un frio de seis semanas, inspiró á Mateo Lacusberg estos dos versos, que justamente pasan por clásicos:

*Qu'il luise on qu'il lui serne,
L'ours rentre en sa caverne (1).*

Mario acababa de salir de la suya al caer la noche. Era la hora en que acostumbra á comer, y le impulsaba á este acto la necesidad.

Oh debilidad de las pasiones ideales!

Acababa de pasar el umbral de su puerta, que estaba barriendo la tia Bougon, la que murmuraba este memorable monólogo:

—Hoy nada se encuentra barato, todo está caro. Solo están baratos en el mundo los trabajos y las penas.

Mario subia con lentitud por el boulevard hácia la barrera, con la intencion de llegar á la calle de Santiago: iba cabizbajo y pensativo.

De repente le dieron un empujon: se volvió y vió que dos jóvenes haraposas, una alta y delgada y otra más baja, pasaron con rapidez sofocadas, asustadas y huyendo; venian hácia él, no le vieron y le tropezaron al paso. Mario distinguió á la luz crepuscular sus figuras lívidas, sus cabezas despeinadas, sus horribles garras y sus piés descalzos. Sin dejar de correr iban hablando. La mayor decia en voz baja:

—Los corchetes vinieron; por poco me trincan.

La otra respondió:

—Los ví... y me afufé.

Mario comprendió que los gendarmes ó los agentes de policia trataron de prender á las dos muchachas y que ellas consiguieron escaparse.

Se internaron por entre los árboles del boulevard, que estaban detrás de Mario, y en la oscuridad formaron un rato una sombra blanquecina que luego desapareció.

Mario se paró. Cuando iba á continuar su camino vió á sus piés, en tierra, un paquetito; se bajó y lo cogió. Era un sobre bastante abultado y lleno de papeles al parecer.

(1) Que él brille ó que no brille, el oso entra siempre en su caverna.

—¡Esas desgraciadas le habrán dejado caer! dijo.

Volvió atrás, las llamó, pero ni las encontró ni le contestaron; estaban ya sin duda muy lejos. Se metió el paquete en el bolsillo y se fué á comer.

En su camino encontró, en el paseo de Monfetard, un ataud de niño, tapado con un paño negro, colocado sobre tres sillas y alumbrado por una vela. Recordó á las dos jóvenes que acababa de ver.

—Pobres madres! exclamó. Hay algo más triste para ellas que ver morir á los hijos, y es verlos llevar mala vida.

Despues las sombras que distraian su tristeza se disiparon en su imaginacion y volvió á recaer en sus habituales meditaciones. Recordó los seis meses de amor y de felicidad que habia pasado al aire libre en plena luz entre los hermosos árboles del Luxemburgo.

—Qué triste es ahora la vida para mí! se decia. Se me aparecen siempre las mujeres jóvenes; pero antes me parecian ángeles y ahora me parecen abismos.

III.

Cuatro cartas.

Cuando se estaba desnudando para acostarse se encontró en el bolsillo de la levita el paquete que habia recogido en el boulevard y que ya habia olvidado. Creyó que debia abrirlo, porque tal vez en el paquete constasen las señas del domicilio de aquellas jóvenes, si realmente era suyo, y si no lo era, quizás encontrara en él los indicios necesarios para restituirlo á su dueño.

Rompió el sobre, que no estaba pegado y que contenia cuatro cartas, que no estaban cerradas tampoco. Las cartas exhalaban repugnante olor de tabaco.

La primera iba dirigida:

"A la señora marquesa de Grucheray, plaza de enfrente de la Cámara de Diputados, número..."

Mario creyó encontrar en esta carta las indicaciones que buscaba, y no estando cerrada, pensó que podia leerse sin ningun inconveniente.

Estaba concebida en estos términos:

"Señora Marquesa:

"La virtud de la clemencia y de la compasion es la que une más estrechamente á la sociedad. Dad salida á vuestros cristianos sentimientos y dirigid una mirada de compasion á este desgraciado español, víctima de su lealtad y fide-

dad á la causa sagrada de la legitimidad, que ha sellado con su sangre, y á la que consagró su fortuna, y por eso se encuentra hoy en la mayor miseria. No duda que vuestro le concederá un socorro que conserve la existencia penosísima para un militar de honor y bien educado y acribillado de heridas. Este desgraciado cuenta de antemano con la humanidad que os distingue y con el interés que á la señora marquesa inspira una nación desventurada. Su súplica no será vana y su agradecimiento durará toda la vida.

"Tengo el honor de ofrecer mis sentimientos respetuosos y ser,

"Señora,

ALVAREZ, capitán español de caballería realista refugiado en Francia, que está de viaje para su patria y carece de recursos para ponerse en camino."

No se incluían señas de ningún domicilio. Mario esperó encontrarlas en la segunda carta, cuyo sobre decía:

"A la señora condesa de Montverdet, calle Cassete, núm. 9."

Mario leyó lo siguiente:

"Señora Condesa:

"Os escribe una desgraciada madre de familia con seis hijos, el menor de ocho meses. Estoy enferma desde el último parto, abandonada de mi marido desde hace cinco meses, sin recursos en el mundo y en la más horrorosa indigencia.

"Esperando en la señora condesa, tiene el honor de ser S. S. S.,

DE BALIZARD."

Mario pasó á leer la tercera carta, que era petitoria como las anteriores. Decía así:

"Señor Fabourgeont, elector, negociante, gorrero al por mayor, calle de San Dionisio, esquina á la calle de los Hierros.

"Me tomo la libertad de dirigiros esta carta para rogaros que me concedáis vuestras simpatías y para que os intereseis por un literato que ha presentado un drama en el teatro Francés. El argumento es histórico y la acción acaece en la Auvernia, en tiempo del Imperio; creo que el estilo de la obra es natural y conciso y que puede tener algún mérito. Tiene versos cantábiles en cuatro escenas. Lo cómico, lo serio, lo imprevisto, se mezclan en ella con la variedad de los caracteres, y un tinte de romanticismo, extendido ligeramente sobre todo el enredo, que camina misteriosamente y vá

por entre peripecias sorprendentes al desenlace.

"Mi objeto principal es satisfacer el deseo que anima progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir, á la moda, que es caprichosa y extraña velleja que la hace cambiar cualquier viento.

"A pesar de ser una obra de estas cualidades, abrigo temores de que la envidia, el egoísmo de los autores privilegiados, consigan mi exclusión del teatro, porque sé los disgustos que hacen pasar á los autores noveles.

"La justa reputación de que gozáis de protector ilustrado de los que se dedican á las letras, me dá valor para enviarle á mi hija para que le exponga la situación precaria que atravesamos, sin pan y sin lumbre en este crudo invierno. Rogaros que admitáis la dedicatoria de mi drama, es probaros que ambiciono colocarme bajo vuestra égida y honrar mis escritos poniendo vuestro nombre al frente de ellos.

"Si me honrais con una modesta ofrenda, me ocuparé en escribir una loa en verso para pagaros mi tributo de gratitud. Esta loa, que escribiré con entusiasmo, os la enviaré, antes de insertarla al principio del drama y antes de que se recite en la escena.

GENFLOT, literato.

"P. D. Aunque no sean más que dos francos.

"Perdonadme si os envío mi hija y no me presento yo en persona: tristes motivos de tocador no me permiten salir de casa..."

Mario abrió la cuarta carta, cuyo sobre decía: "Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas," y contenía las siguientes líneas:

"Hombre bienhechor:

"Si os dignais venir acompañado de mi hija, vereis una gran calamidad y os enseñaré mis certificados. Al leerlos, vuestra alma generosa se convencerá con sentimiento de sensible benevolencia, porque los verdaderos filósofos experimentan siempre vivas emociones.

"Convenid conmigo, hombre compasivo, que es menester experimentar la necesidad más cruel y que es dolorosísimo, para conseguir algún consuelo, atestiguarlo con documentos, como si uno no fuese libre para padecer ó para morir de inanición, esperando que socorran nuestra miseria. El destino es fatal para unos y pródigo para otros.

"Espero vuestra visita ó vuestro so-

corro, si os dignais darle, y os ruego que recibais mis respetuosos sentimientos.

P. FABANTOU, artista dramático."

Después de leer las cuatro cartas se quedó Mario tan poco enterado como antes. En ninguna ponía ningún firmante la dirección de su casa. Parecía que debían ser de cuatro individuos diferentes, pero ofrecían la particularidad de estar escritas por la misma mano.

De lo que podía deducirse que provenían de la misma persona. Lo que daba más verosimilitud á esta sospecha era que las cuatro cartas estaban escritas en el mismo papel grueso y amarillento, olian todas á tabaco, y aunque trataron de dar variedad al estilo, campeaban en ellas las mismas faltas de ortografía, y el literato Genflot cometía tantas faltas como el capitán español Alvarez.

Mario creyó que era inútil esforzarse en adivinar misterio tan poco importante para él, y que á no ser un hallazgo hubiera tomado por una burla: nuestro enamorado estaba demasiado triste para que le halagara esta broma de la casualidad y para prestarse á este juego, pues le parecía que estaba jugando á la gallina ciega entre las cuatro cartas que se burlaban de él.

Nada hacia presumir, por otra parte, que las cartas perteneciesen á las muchachas que encontró en el boulevard y que eran papeles sin ningún valor, por lo que Mario volvió á meter las cartas en el sobre, las echó en un rincón y se acostó.

A las siete de la mañana del siguiente día, á poco de levantarse y de haberse desayunado, iba á ponerse á trabajar, cuando llamaron suavemente á la puerta.

Como nada poseía, solo quitaba la llave de la puerta cuando se ocupaba de algún trabajo que le corría mucha prisa; hasta cuando salía de casa dejaba la llave en la cerradura.—Cuidado que os van á robar, le decía la tía Bougon.—Se llevarían chasco, contestaba Mario.—Sin embargo, un día le robaron un par de botas viejas, sin duda para comprobar la previsión de la tía Bougon.

Dieron á la puerta otro golpe tan suave como el primero.

—Adelante, dijo Mario.

Abrióse la puerta.

—Qué queréis, tía Bougon? preguntó Mario sin levantar la vista de los libros

y de los manuscritos que tenía en la mesa.

Una voz, que no era la de la tía Bougon, respondió:

—Dispensadme, caballero...

Era una voz sorda, cascada, áspera; voz de viejo, enronquecida por el aguardiente y los licores. Mario volvió entonces la cabeza y vió una jóven.

IV.

Una rosa en la miseria.

En efecto, una jóven estaba de pie en el hueco de la puerta entreabierta. La claraboya de la buhardilla estaba situada precisamente enfrente de ésta é iluminaba el rostro de la muchacha con lívido resplandor. Era una criatura flaca, consumida, descarnada, y no llevaba más que una mala camisa y un vestido para cubrir su helada y temblorosa desnudez. Hacia las veces de cinturón un bramante, y otro le servía para atarse el pelo; los puntiagudos hombros sobresalían de la camisa; tenía palidez línfática, clavículas terrosas, manos amaratas, boca entreabierta y desfigurada por algunos dientes que le faltaban; vista mate, audaz y baja; las formas abortadas de la jóven y las miradas de la vieja corrompida; cincuenta años mezclados con quince. Era uno de esos seres que son débiles y horribles á la vez y que hacen estremecer á los que no hacen llorar.

Mario se levantó y se quedó contemplando con estupor á aquel sér, casi semejante á las formas de las sombras que vé en sueños la fantasía.

Era doloroso considerar que aquella jóven no había venido al mundo para ser fea. En su niñez debió haber sido hasta linda. Las gracias de la edad luchaban en ella todavía con la horrible y anticipada vejez de la disolución y de la pobreza. El resto de la hermosura moría en aquel semblante de diez y seis años, como el pálido sol que se apaga entre tenebrosas nubes durante el alba de un día de invierno.

Su fisonomía no era absolutamente desconocida para Mario. Creía recordar haberla visto en alguna parte.

—Qué es lo que queréis? preguntó el jóven.

—Traigo una carta para vos, señor Mario, contestó la muchacha con su voz de presidiario ébrio.

Al oírla pronunciar su nombre no dudó

Mario que iba en su busca aquella mujer. Pero quién era? Esta, sin esperar á que la hiciese pasar adelante, se entró en la habitacion resueltamente, examinando con cierta seguridad que oprimia el corazon todo el cuarto y la cama deshecha. Iba descalza, y grandes agujeros de su vestido dejaban ver sus largas piernas y sus rodillas flacas. Estaba tititando.

Llevaba en la mano una carta, que entregó á Mario. Este, al abrirla, observó que la oblea era enorme y estaba aun húmeda. El mensaje no debía venir de lejos. Rompió el sobre y leyó lo siguiente:

“Mi estimado vecino:

„Supe las bondades con que me habeis favorecido y que pagásteis mi alquiler hace seis meses.

„Os bendigo, jóven. Mi hija mayor os referirá que estamos sin poder comer ni un pedazo de pan hace dos dias cuatro personas y que tengo enferma á mi mujer. Si no me engaña el corazon, creo que puedo esperar de vuestra generosidad que os humaniceis á la vista de este espectáculo y que me seas propicio, dignándoos prodigarme algun socorro.

„Soy con la distinguida consideracion que se debe á los bienhechores de la humanidad,

„Vuestro servidor,

JONDRETTE.

„P. D. Mi hija esperará vuestras órdenes.”

Esta carta, aparecida durante la aventura que ocupaba la imaginacion de Mario desde la noche anterior, fué como una luz que penetra en una cueva.

Aquella carta venia por el mismo conducto que las otras cuatro; tenia igual letra, igual estilo, la misma ortografía, el mismo papel y el mismo olor de tabaco. En las cinco misivas, en las cinco historias, en los cinco nombres, solo habia un solo firmante. El capitán Alvarez, la tia Balizard, el literato Genflot y el cómico Fabantou se llamaban Jondrette, si es que Jondrette verdaderamente se llamaba así.

Hacia ya mucho tiempo que Mario vivia en el caseron Gorbeau; pero, como ya dijimos, pocas, rarísimas veces tuvo ocasion de ver, ni aun de entrever, su ínfima vecindad. Su imaginacion estaba en otra parte, y donde está la imaginacion está la mirada. Más de una vez debió cruzarse con los Jondrette en el corredor ó en la escalera; pero para él no

fueron más que sombras, ni reparó en ellos. Tampoco se fijó en que la víspera habia tropezado en el boulevard con las hijas de Jondrette, aunque sin conocerlas, porque eran ellas; y con mucho esfuerzo, la que acababa de entrar en su cuarto despertó en él un vago recuerdo de haberla visto en otra parte.

Pero ahora todo lo veia claro. Comprendió que su vecino Jondrette se dedicaba á la industria, valiéndose de su miseria, de explotar la caridad de las personas benéficas, proporcionándose la direccion de sus domicilios, y escribia cartas, bajo nombres supuestos, á los sujetos que juzgaba ricos y caritativos, cartas que sus hijas entregaban de su cuenta y riesgo, porque habia llegado á ser un padre que se atrevia á arriesgar á sus hijas; jugaba una partida con el destino y sus hijas eran la apuesta. Mario comprendia, juzgando por la fuga precipitada de éstas la noche anterior, por su terror y por la jerga de sus palabras, que las desgraciadas desempeñaban además algunos oficios sombríos, y que de todo esto resultaban, en medio de la sociedad humana, dos miserables seres, que no eran niñas, ni doncellas, ni mujeres, sino una especie de monstruos impuros é inocentes, producidos por la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, edad ni sexo, para las que no son posibles ni el bien ni el mal, y que al salir de la infancia no poseen ya nada en el mundo: ni libertad, ni virtud, ni responsabilidad; almas que ayer se abrieron y hoy se marchitan, como las flores que caen á la calle, que se manchan con toda clase de lodos, hasta que llega una rueda y las aplasta.

Mientras Mario fijaba en la jóven sus miradas de admiracion y de piedad, aquella iba y venia por el cuarto con la audacia de un espectro. Se movia en todos los sentidos sin importarle nada su desnudez, y habia instantes en que la camisa rota y desgarrada se le caía hasta la cintura. Movia las sillas, desarreglaba los objetos de tocador, colocados sobre la cómoda; tocaba los trapos de Mario y rebuscaba lo que habia por los rincones.

—Calla! exclamó. Teneis espejo!

Como si estuviese sola, tarareaba coplillas de vaudeville y estribillos ligeros, que, cantados por su voz gutural y ronca, parecian lúgubres.

Tras su descaro se asomaba á veces cierto encogimiento y cierta inquietud y humillacion.

El descaro hay ocasiones en que se avergüenza.

Causaba tristeza verla andar de un lado á otro, ó por mejor decir, revolotear por el cuarto, haciendo los movimientos del pájaro que se asusta de la luz ó que tiene rota una ala, porque se comprendia que en esa jóven, en otras condiciones de educacion y de fortuna, su aire alegre y libre hubiera tenido más atractivo y más moderacion. Entre los animales, nunca el que nace para paloma se convierte en garduña. Esto solo pasa entre los hombres.

Mario se quedó muy pensativo y la dejaba hacer.

Aproximándose á la mesa, exclamó:

—Ah! teneis libros!

Cruzó un relámpago por las vidriosas pupilas de la jóven. Siguió hablando y su acento expresó el placer de poderse vanagloriar de algo, á cuyo placer no hay ninguna criatura que sea insensible.

—Yo tambien sé leer, dijo.

Tomando con ligereza el libro que estaba abierto sobre la mesa, leyó con bastante soltura: “... El general Bauduin recibió la órden de apoderarse, con los cinco batallones de su brigada, del palacio de Hougomont, que está en medio de la llanura de Waterlío...”

Al llegar aquí suspendió la lectura.

—Ah! Waterlío; le conozco. Eso fué una batalla de hace tiempo. Mi padre estuvo en ella, porque mi padre sirvió en el ejército imperial. En casa somos bonapartistas.

Dejando el libro tomó una pluma y añadió:

—Tambien sé escribir.

Mojó la pluma en el tintero y se volvió hácia Mario.

—Queréis verlo? Pues voy á escribir dos palabras para que lo veais.

Antes de que Mario pudiese contestar, escribió en un pedazo de papel blanco que encontró en la mesa: *Los corchetes están ahí.*

Luego, arrojando la pluma, añadió:

—No hago faltas de ortografía; miradlo. Mi hermana y yo hemos recibido buena educacion. No siempre hemos sido lo que somos. No nos habíamos criado para...

No dijo más: fijó en Mario sus pupilas apagadas y soltó la carcajada, diciendo con entonacion que contenia todas las angustias ahogadas por todos los cinismos:

—Bah!

Y se puso á entonar esta cancion con aire alegre:

*Yo tengo hambre, padre,
y no hay más sopas;
tengo frio, madre,
y las medias rotas.
¡Tirita,
Lolita!*

Cuando concluyó el canto preguntó:

—¿Vais alguna vez al teatro, señor Mario? Yo voy de vez en cuando. Mi hermanito es amigo de los artistas y algunas veces me dá billetes. Pero no me gustan los asientos de galería. Allí se está mal. Vá allí mucha gente y á veces gente que no huele bien.

Luego, fijándose en Mario, adquirió aspecto extraño, y exclamó:

—¿Sabeis, señor Mario, que sois un guapo mozo?

Al mismo tiempo ocurrióseles á ambos la misma idea, que á ella la hizo sonreír y á él ruborizarse. La jóven se aproximó al inquilino del cuarto, púsole una mano sobre el hombro y añadió:

—No os habeis fijado en mí, pero yo sí que os conozco. Os suelo encontrar en la escalera y os veo entrar algunas veces en la casa del tio Babeuf, que vive hácia la parte de Austerlitz, cuando paseo por allí. Os sienta muy bien el pelo rizado.

Procuraba suavizar la voz, pero no lo podia conseguir. Una parte de sus palabras se perdian en el trayecto de la laringe á los labios, como en un teclado al que le faltan notas.

Mario se apartó suavemente de ella.

—Señorita, le dijo con su fria gravedad, tengo en mi poder un paquete, que creo que os pertenece. Os lo voy á devolver.

La entregó el sobre que contenia las cuatro cartas. Palmoteó ella de contento y exclamó:

—No lo podíamos encontrar y lo hemos buscado por todas partes.

Lo tomó, y abriendo el sobre, continuó diciendo:

—¡Pues apenas lo hemos buscado mi hermana y yo! ¿Os lo encontrásteis en el boulevard, no es verdad? Se nos cayó en la calle cuando íbamos corriendo. La tonta de mi hermana cometió esa torpeza. Volvimos á casa sin él, y como no queríamos que nos pegasen, porque esto es completamente inútil, dijimos que habíamos entregado las cartas y que se habian negado á socorrernos. ¿En qué habeis conocido que son mías estas cartas? Ah, sí, en la letra! ¿Luego érais vos

con quien tropezamos anoche? Como estaba tan oscuro le pregunté á mi hermana:—Es algun caballero? y ella me respondió:—Me parece que sí.

Hablando, desplegó la peticion dirigida "al señor benéfico de la iglesia de Santiago de Haut-Pas."

—Calla! exclamó. Esta carta es para ese viejo que va á misa á esta hora. Voy á llevársela. Tal vez nos dará algo y podremos almorzar.

Despues se echó á reir y añadió:

—¿Sabeis de lo que servirá el almuerzo de hoy si llegamos á almorzar? Nos servirá para almuerzo y comida de anteayer, para almuerzo y comida de ayer todo junto y de una vez esta mañana. ¡Pardiez, si esto no os satisface, reventad, perros!

Estas palabras hicieron recordar á Mario lo que aquella infeliz fué á buscar á su casa.

Registró el chaleco y encontró dinero en sus bolsillos.

La jóven continuaba hablando como si ignorase que Mario estaba allí:

—A veces salgo por la noche; otras veces no vuelvo á casa. Antes de vivir aquí, el invierno pasado vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos estrechábamos unos contra otros para no helarnos. Mi hermanita lloraba. El agua es muy triste, pero cuando intenté ahogarme me decía: No; no está muy fria. Salgo sola cuando quiero y duermo algunas veces en los fosos. Cuando voy de noche por el boulevard veo los árboles ahorquillados y las casas negras y grandes como las torres de Nuestra Señora, y me figuro que las paredes blancas son el rio, y me digo: Ahí está el agua. Las estrellas me parecen candilejas de iluminacion, y que arrojan humo y que el viento las apaga: me aturdo, como si caballos me resoplasen en los oidos; aunque sea de noche me parece que oigo organillos y telares y qué sé yo qué más. Creo que me tiran piedras, huyo sin saberlo, todo me dá vueltas, todo, todo. Cuando se está en ayunas se ven cosas muy raras.

Miró á Mario con aire espantado. Este, á fuerza de buscar y de rebuscar en los bolsillos, consiguió reunir seis francos; esto era todo su capital.

—Para mi comida de hoy, se dijo guardándose un franco; mañana ya veremos.

Los otros cinco francos se los entregó á la jóven. Esta recibió esa cantidad, exclamando con alegría:

—Bueno; hoy ya ha salido el sol!

Como si el sol hubiera tenido la propiedad de fundir en su cerebro torrentes de palabras en calor, prosiguió diciendo:

—Cinco francos! Trigo largo! sois un chavó de primera. Os beso los calcos. Dos días de bureo. Llenaremos la coba, jamaremos de lo lindo con manró de lo blanco y peñascaró. Y viva el jaleo!

Subióse hasta los hombros la camisa, saludó con una seña familiar con la mano á Mario y se encaminó hácia la puerta, despidiéndose de este modo:

—Buenos dias, caballero; me voy á buscar al viejo.

Al paso vió en la cómoda una corteza de pan seco, que se enmohecía entre el polvo; se apoderó de ella y la mordió, murmurando:

—Cáspita! qué dura está; me vá á romper los dientes.

Luego salió del cuarto.

V.

El ventanillo de la Providencia.

Hacia cinco años que Mario vivía pobre, casi indigentemente, pero hasta entonces no advirtió que no había conocido aun la verdadera miseria, que era la que acababa de ver. Era la larva que se escurrió ante su vista. El que solo ha visto la miseria del hombre no ha visto nada; es preciso que vea la miseria de la mujer: quien no ha visto más que la miseria de la mujer no ha visto nada tampoco; es preciso que vea la miseria de la jóven ó del niño.

Cuando el hombre llega al último extremo, llega también á los últimos recursos. ¡Desgraciados entonces los seres sin defensa que le rodean! Cuando le falta á la vez el trabajo, el salario, el pan, el fuego, el valor y la buena voluntad, la claridad del dia se apaga para él en el exterior y la luz moral en el interior; en esta oscuridad el hombre se encuentra con la debilidad de la mujer y del niño, y las doblega violentamente á todas las ignominias.

Entonces todos los horrores son posibles. La desesperacion está rodeada de frágiles barreras, que lindan con el vicio ó con el crimen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y esquivas delicadezas de la carne, el corazon, la virginidad, el pudor, esas epidermis del alma, son siniestramente manoseadas por el tanteamiento incierto, que busca recursos y encuen-

tra el oprobio y se acomoda á él. Padres, madres, hijos, hermanas, hijas, se adhieren y se agregan, casi como una formacion mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias y de inocencias. Se amontonan, pegados unos á otros, en un malhadado chiribitil, y en él se miran unos á otros lamentablemente. Los infelices están pálidos y tienen frio, como si habitasen un planeta más lejano del sol que el nuestro.

Aquella jóven fué para Mario como una emisaria de las tinieblas; le reveló el lado más espantoso de la noche.

Mario casi se reprochó sus sueños de delirio y de pasion, que le impidieron hasta aquel dia dirigir la mirada compasiva á sus vecinos. Haber pagado su alquiler fué un impulso maquinal, que todo el mundo podia sentir, pero Mario debía haber hecho algo más. Le separaba un tabique de aquellos seres abandonados que vivian sin luz de noche, fuera del resto de los vivientes; se codeaba con ellos; era en cierto modo el último eslabon del género humano que ellos tocaban, los oia vivir, ó mejor dicho, suspirar, y no se había fijado en ellos!...

Su pensamiento estaba en otra parte: soñando visiones imposibles, amores aéreos, locuras; y sin embargo, seres humanos, hermanos suyos en Jesucristo, hijos del pueblo agonizaban á su lado; tenia parte en su desgracia, la agravaba... Porque si ellos hubiesen tenido otro vecino menos entregado á quimeras y más entregado al mundo real, un hombre ordinario, pero caritativo, indudablemente se hubiera fijado en la indigencia que tenia cerca de sí, y quizá desde hace tiempo hubiera salvado á aquellos infelices. Eran al parecer depravados, envilecidos y hasta odiosos; pero son muy raros los seres que caen sin degradarse. Hay, además, un punto en el que los infortunios y las infamias se mezclan y se confunden en una palabra fatal, en la de miserables; pero cuanto más profunda es la caída, la caridad debe ser mayor.

Mientras Mario se daba á sí mismo esta leccion de moral, erigiéndose en su propio pedagogo, rependiéndose acaso más de lo que merecia, contemplaba la pared que le separaba de los Jondrette, y hubiera deseado que sus miradas hubiesen podido atravesar aquel tabique para reanimar á aquellos infelices. Formaba la pared una pequeña capa de yeso, que sostenian listones y traviesas, y

como acabamos de decir, dejaba oír perfectamente las palabras y las voces del cuarto del lado. Era preciso ser tan soñador como era Mario para no haberlo notado hasta ahora. No había papel ninguno pegado en la pared, ni por la una parte ni por la otra; estaba completamente desnuda la grosera construccion.

Mario, sin saber casi lo que hacia, examinaba la pared; algunas veces la meditacion observa y escudriña como lo haria el pensamiento. De pronto se puso en pié; acababa de notar en la parte alta, cerca del techo, un agujero triangular, que era el resultado de tres listones que dejaban un hueco entre ellos. Fallaba la masa que debía llenar dicho hueco, y subiéndose sobre la cómoda, por aquel agujero podia verse la buhardilla de los Jondrette. La conmiseracion tiene y debe tener su curiosidad. El agujero formaba una especie de trampilla. Es lícito mirar á traicion al infortunio cuando se lleva la intencion de socorrerle.—Veamos, pues, lo que son esas gentes y lo que hacen, pensó Mario. Escaló la cómoda, aproximó la vista al agujero y miró.

VI.

El hombre-fiera en su cueva.

Las ciudades, como los bosques, tienen sus antros, en los que se esconde todo lo que aquellas tienen de peor y de más temible. Solo que en las ciudades lo que así se oculta es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo, y en los bosques lo que se esconde es feroz, salvaje y grande, es decir, bello. Madrigueras por madrigueras, son preferibles las de las fieras á las de los hombres. Las cavernas valen más que los tabucos.

Lo que Mario veia era un tabuco.

Mario era pobre y en su cuarto se conocia; pero así como era noble su pobreza, su guardilla estaba limpia. El tugurio de Jondrette era abyecto, sucio, fétido y tenebroso. Tenia por todo mueblaje una silla de paja, una mesa coja, algunos tiestos viejos y dos tarimas indescriptibles en dos rincones. Solo entraba allí la claridad por una ventanilla de un pié en cuadro, con cuatro vidrios llenos de telas de araña. Entraba por allí la suficiente luz para que la cara del hombre pareciese faz de fantasma. Las paredes ofrecian aspecto leproso por su sinnúmero de costurones y de cicatrices, como

fisonomía desfigurada por alguna enfermedad horrible. Destilábase al través de ellas humedad legañosa, y se veían algunos dibujos obscenos groseramente delineados con carbon.

El cuarto que ocupaba Mario estaba embaldosado de ladrillos ya destrozados; el de Jondrette no estaba embaldosado ni enyesado; andaban los inquilinos sobre la primera trabazon de fábrica, que el roce de los piés había ennegrecido. En el suelo desigual, donde el polvo parecía incrustado y que poseía una virginidad —la de la escoba,— se agrupaban desordenadamente constelaciones de calzones viejos, de zapatos y de pingajos asquerosos. Aquel cuarto tenía chimenea, por lo que se pagaba de alquiler cuarenta francos cada año. En la chimenea había de todo; una estufilla, una marmita, planchas rotas, trapos colgados en clavos, una jaula, ceniza y hasta un poco de lumbre de dos tizonas, que humeaban tristemente.

Lo que aumentaba el horror de aquel desvan era su magnitud. Tenía cabos, ángulos, agujeros negros, camaranchones, bahías y promontorios. Allí se veían horribles é insondables rincones, en los que debían encastillarse arañas gordas como puños, correderas largas como el pié, y tal vez... tal vez seres humanos monstruosos.

Una de las dos tarimas estaba cerca de la puerta y la otra junto á la ventana. Las dos camas tocaban en la chimenea por uno de sus extremos y Mario las veía de frente. En un ángulo, próximo al agujero, donde aquel estaba de observación, colgaba de la pared, en un cuadro de madera negra, un grabado iluminado, á cuyo pié se leía esta inscripción: EL SUEÑO. Representaba una mujer dormida y un niño durmiendo también en el regazo de su madre; una águila en las nubes llevaba una corona en el pico, y la mujer apartaba la corona de la cabeza del niño, sin despertarse: en el fondo se veía á Napoleon en una gloria, apoyándose en una columna de azul oscuro y de capitel amarillo, adornada con esta otra inscripción:

MARENGO.
AUSTERLITZ.
JENA.
WAGRAMME.
ELOT.

Bajo del cuadro, una especie de table-
ro de madera, más largo que ancho, es-

taba en el suelo, apoyándose en plano inclinado contra la pared. Era sin duda un cuadro vuelto del revés, un bastidor pintarrajeado por el lado opuesto, algún marco descolgado de la pared, olvidado y que esperaba que le volviesen á colgar.

Junto á la mesa, en la que Mario veía pluma, tintero y papel, estaba sentado un hombre de unos sesenta años, pequeño, flaco, lívido, hurafío, de aire astuto, cruel é inquieto; un bribon redomado.

Si Lavater hubiera visto su fisonomía, hubiera encontrado en ella la del buitre y la del procurador confundidas, el ave de rapiña y el curial comunicándose su propia fealdad y completándose uno y otro, el curial haciendo ignoble al ave de rapiña y ésta haciendo horrible al curial.

El hombre susodicho llevaba barba gris muy larga. Se cubría con una camisa de mujer, que dejaba al descubierto su pecho velludo y sus brazos desnudos y erizados de pelos grises. Bajo la camisa se le descubría el pantalon enlodado y las botas, por cuyas puntas asomaban los dedos de los piés. Sostenía una pipa con los dientes y fumaba. No había pan en la casa, pero sí que había tabaco.

Escribía probablemente alguna carta como las que Mario había leído.

En un ángulo de la mesa descansaba un tomo viejo, rojizo y desencuadernado, de la forma de antiguo dozavo de los gabinetes de lectura, que revelaba que era una novela. En la cubierta campeaba este título, impreso con letras grandes: DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS, POR DUCRAY DUMINIL, 1814.

Mientras el hombre estaba escribiendo hablaba en alta voz, y Mario le oyó decir lo siguiente:

—No hay igualdad ni en la muerte! Véase sino el cementerio del Padre Lachaise. Los grandes, los ricos, están en lo más alto, en la alameda de las acacias, que está empedrada. Se puede ir hasta allí en carruaje; á los pequeños, á los pobres, á los desgraciados, los entier-
ran en la parte más baja, en las hoyas, en la tierra húmeda, en la que hay barro hasta las rodillas. Los meten allí para que se descompongan más pronto. No es posible visitarlos sin hundirse en tierra.

Paróse de pronto, dió un puñetazo en la mesa y añadió, rechinando los dientes:

—Ah! me comería el mundo!

Una mujer obesa, que lo mismo podría tener cuarenta años que ciento, estaba acurrucada cerca de la chimenea sobre sus talones desnudos. No llevaba más ropa que camisa y vestido de punto, remendado con pedazos de paño viejo. El delantal, de tela gorda, le ocultaba la mitad del vestido; aunque estaba doblada y recogida, se conocía que era muy alta. Un gigante al lado de su marido. Sus cabellos rubios, que tiraban á rojos entrecanos, eran espantosos, y los removía de cuando en cuando con sus enormes manos y sus aplastadas uñas. En el suelo y á su lado estaba completamente abierto un tomo igual de tamaño al otro y que sería probablemente de la misma novela.

En una de las camas, Mario entreveía una muchachuela larguirucha, sentada, casi desnuda, con los piés colgando, y que tenía aspecto de no escuchar, de no ver y de no vivir. Representaba de once á doce años, pero examinándola con atención se conocía bien que había cumplido los catorce. Era la que la noche anterior acompañaba á su hermana por el boulevard. Pertenece á esa clase de seres enfermizos que permanecen atrasados mucho tiempo y crecen luego casi de repente.

La indigencia es la que produce estas tristes plantas humanas. Criaturas semejantes no tienen niñez ni adolescencia. A los quince años aparentan doce, á los diez y seis veinte; hoy son niñas, mañana mujeres. Diríase que saltan la vida de un brinco para concluir más pronto.

En aquel momento dicha jóven parecía una niña.

Nada revelaba en aquella habitación la presencia de algún trabajo; ni telar, ni rueca, ni instrumento de ninguna clase. En un rincón había objetos de hierro de aspecto dudoso. Reinaba en aquel cuarto la triste y sombría perezosa que sigue á la desesperación y que precede á la agonía.

Mario contempló durante algún tiempo aquel interior fúnebre, más espantoso que el interior de una tumba, porque en él se removía el alma humana y palpataba la vida.

El desvan, la cueva ó el foso, desde los que los indigentes se arrastran en lo más bajo del edificio social, no es precisamente el sepulcro, pero es su antesala; y así como los ricos ponen de manifiesto sus mayores magnificencias á la entrada de sus palacios, así la muerte, que está

cerca de la indigencia, ostenta sus grandes miserias en su vestíbulo.

El hombre callaba, la mujer también, la jóven ni aun respiraba, y se oía rechinando la pluma sobre el papel.

El hombre exclamó con rabia, sin dejar de escribir:

—Canalla! Canalla! Todo es canalla!

Esta variante al epifonema de Salomon: Vanidad, vanidad, etc., arrancó un suspiro á la mujer.

—¡Cálmate, querido mio, no vayas á caer enfermo! le dijo.

La miseria hace apretar unos cuerpos contra otros, como el frío, pero hace separar los corazones. Aquella mujer, según todas las apariencias, debió amar á aquel hombre con la cantidad de amor de que era susceptible, pero probablemente habrían apagado su cariño las reconvenções cotidianas y recíprocas de la espantosa miseria que pesaba sobre el grupo. Solo debían quedar en ella las cenizas del afecto. Sin embargo, los apelativos cariñosos sobrevivieron, lo que sucede con frecuencia.

El hombre continuó escribiendo.

VII.

Estrategia y táctica.

Mario sentía oprimirse el corazón é iba ya á abandonar el improvisado observatorio, cuando atrajo su atención un ruido, que le retuvo en el sitio en que se encontraba.

La puerta del desvan se abrió bruscamente. La hija mayor apareció en el umbral. Llevaba zapatos de hombre gruesos, manchados de barro, y se cubría con una manta vieja hecha girones, que Mario no vió una hora antes, porque probablemente la dejaría á la puerta para inspirar más compasión, y sin duda la recogió al salir de casa. Entró la jóven y cerró la puerta tras ella; se detuvo para tomar aliento, porque venía muy fatigada, y luego gritó con la expresión de la alegría y del triunfo:

—Viene!

El padre la miró, la madre volvió la cabeza, la chicuela no se movió.

—Quién? preguntó el hombre.

—El caballero.

—El filántropo?

—Sí.

—El de la iglesia de Santiago?

—Sí.

—Un señor anciano?

—Sí.